

DISCURSO DEL RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE ENNIO VIVALDI VÉJAR

ASUNCIÓN PERIODO 2108-2022

Agradecemos la presencia de autoridades de Estado, de representantes de la sociedad civil y cuerpo diplomático, y de los integrantes de nuestra comunidad universitaria en este acto encabezado por el Presidente de la República y Patrono de la Universidad de Chile, Sr. Sebastián Piñera Echeñique, acto con el que se simboliza el comienzo, en conformidad con nuestro Estatuto, de un nuevo período en que me corresponderá asumir la Rectoría de nuestra Universidad. Este momento coincide felizmente con otros dos hitos. Por una parte, la promulgación de la Ley de Universidades Estatales, fruto de un debate largamente esperado y a cuya implementación deberemos ahora abocarnos. Por otra, el proceso de Acreditación de nuestra Universidad que nos ha permitido contemplar con una mirada que intenta ser a la vez propia y externa, esta formidable institución que se extiende en aulas, laboratorios, hospitales, bibliotecas, territorios, ofreciéndonos en una pluralidad de dimensiones, una conjunción de diversidad e identidad que la hace única.

El vasto informe de nuestro proceso de Acreditación, alrededor de 2.500 páginas, trae a la mente de quienquiera haya leído el libro “Las Ciudades Invisibles” de Ítalo Calvino, esos relatos que Marco Polo brindaba a un cierto emperador acerca de ciudades apenas imaginables y supuestamente suyas. Según Calvino “Las ciudades son un conjunto de muchas cosas: memorias, deseos, signos de un lenguaje; son lugares de trueque, como explican todos los libros de historia de la economía, pero estos trueques no lo son sólo de mercancías, son también trueques de palabras, de deseos, de recuerdos.” De esas ciudades, una de mis favoritas es aquella que es el reflejo en el agua de una ciudad de orilla de lago, una imagen frágilmente sujeta a perturbaciones y

ondulaciones, basta lanzar una piedra, y a la vez de una estabilidad absolutamente confiable y definitiva. Nuestra universidad también ha debido vivir esa dualidad.

Si quisiéramos narrar la historia de la Universidad de Chile a la manera de una biografía, deberíamos recordar lo que Virginia Woolf, bueno citarla en estos días de toma de conciencia feminista, criticaba de aquellas biografías a las que “lo que se les escapa no son los hechos, la verdad, lo fidedigno, algo dotado de la solidez del granito; sino la personalidad, la que posee lo intangible del arco iris”. Y agregaba que “El arte del biógrafo debe poseer la sutileza y la osadía necesarias para presentar esa extraña amalgama de sueño y realidad, ese perpetuo maridaje del granito con el arco iris”.

Y, ante esta universidad que hoy encontramos incólume, leal a un legado que se remonta al discurso fundacional de Andrés Bello, recordar también a Pablo Neruda en uno de los versos más estremecedores de Alturas de Machu Picchu: “Pero una permanencia de piedra y de palabra...”

Pertenecer a la Universidad de Chile obliga a conjugar dos exigencias que parecieran irreductibles. Por una parte, ha de sentirse el peso de la historia de una universidad que, desde un modelo napoleónico de contribución al Estado y énfasis en el quehacer específico sectorial, lideró discusiones y tomas de decisiones para el país, en todas y cada una de sus áreas: educación pública, voto femenino, servicios de salud, electrificación, informatización, reforma agraria, entre tantas. Por otra parte, ha de sentirse heredero de una absoluta libertad creativa para pensar y proponer, ajena a prejuicios limitantes o al temor de censura y castigo de cualquier autoridad. En realidad, es una muy extraña mezcla de estar sobredeterminado por un pasado y, a la vez, ser depositario de toda la libertad para proponer un futuro.

Desde su origen en la primera mitad del siglo XIX la Universidad se ha involucrado en las tareas que la sociedad demanda del Estado. Al mismo tiempo, las dramáticas desigualdades sociales, presentes desde el comienzo en nuestra naciente República, harían que las consecuencias de nuestro accionar trascendieran lo específico y

técnico, y se impregnaran de un hondo alcance y significado moral. Un ejemplo, es el acceso a la salud reflejado en las conmovedoras fotografías de comienzos del siglo XX en nuestro Museo de la Medicina. Esos obreros y sus familias que ejercían por primera vez el derecho a ser atendidos en consultorios, a mí siempre me trajeron a la mente el verso de Huidobro “Una dignidad debida y no otorgada”, pues más que a la medicina parecían acceder a la condición humana. Es esa desigualdad social tan marcada lo que también ayuda a entender la vocación de participación política que caracteriza a las comunidades de la universidad latinoamericana.

En 1981 se introdujeron drásticos cambios en el sistema universitario chileno. Si bien se pueden concebir modelos con diversos énfasis, algunos basados más en la solidaridad y el compromiso social, otros más en la responsabilidad que cada individuo asume sobre su propia vida y sus propios intereses, también es cierto que cualquier modelo llevado a un extremo se hace insostenible. En Chile se enfatizaron en grado inédito creencias como que un clima de competencia y rivalidad impulsaría a las universidades a progresar, o que cada individuo debería invertir en su propia formación pues ella le brindaría futuros beneficios pecuniarios.

La ponderación de un modelo de sistema universitario debe considerar al menos dos dimensiones: la ideológica y la empírica. En los términos más simples, un primer eje se refiere a si los valores que fundamentan el sistema me gustan o no y un segundo eje se refiere a si el sistema funciona o no funciona. El escaso interés después de 1990 por conversar acerca de lo valorativo en educación superior, primer eje, hizo que los déficits de este, segundo eje, llevaran veinte años después a una crisis que recién entonces obligó a hablar de universidades.

Pienso que en el reciente debate sobre educación superior logramos reinstalar el ideario y las especificidades de las universidades públicas. Una concreción notable fue el Consejo Coordinador de Universidades Estatales, instituido para articularlas entre sí y con el resto del Estado. Dos condicionantes políticos fundamentales para estos logros fueron la cohesión interna de nuestra universidad, cristalizada en el Comité de

Coordinación Institucional, y la unidad del conjunto de las universidades estatales representadas en el CUECh.

Una afirmación asombrosa y recurrente en el debate fue que todas las universidades éramos universidades públicas. Especialmente paradójal en circunstancias que, por años, todas habíamos sido obligadas a funcionar en mayor o menor grado como universidades privadas.

La ambigüación del concepto de universidad pública vulnera nuestro factor identitario y definitorio. Existe un concepto valorativo e histórico, nacional y mundial, refiérase a UNESCO u OCDE de lo que son las universidades públicas, concepto que tratábamos de reinstalar. Permítanseme dos analogías. Existe un concepto valorativo e histórico, nacional y mundial, de lo que son las universidades católicas. El que etimológicamente católico quiera decir universal, que afecta a todos, característica aplicable a cualquier universidad, jamás justificaría negar la especificidad identitaria de las universidades católicas en el mundo, de la cual todas ellas se pueden sentir muy orgullosas. Por otra parte, existen los Institutos Tecnológicos en Estados Unidos, como MIT y CalTech, o las Escuelas Politécnicas en Europa. Ellos también corresponden a un concepto valorativo e histórico, nacional y mundial, independientemente de que politécnico pueda traducirse como “múltiples artes”, condición aplicable a muchas otras instituciones.

Una cosa distinta y válida es que, dada la definición de universidad pública, pueda existir una métrica que decida en qué medida una determinada universidad coincide con ese arquetipo. Es lo que en estos días ha planteado la Universidad de Concepción. Y otra cosa, también distinta y válida, es que las funciones más atingentes a los intereses públicos que cualquier universidad realiza puedan ser reconocidas, valoradas, incentivadas y premiadas.

Las motivaciones por ambiguar el concepto de universidad pública deben ser analizadas en un contexto conceptual y en uno económico.

En lo conceptual, hubo múltiples situaciones sorprendentes. Se dijo que una universidad estatal que no cumpliera con cierto nivel de acreditación no recibiría fondos fiscales. Insólito desentendimiento, un lavarse las manos, del Estado respecto a la calidad de su propia oferta. También se dijo que las universidades estatales, por estar en régimen de gratuidad, no tendrían libertad para expandir sus cupos de matrículas, ignorando así su deber de responder permanentemente a los requerimientos y necesidades de las comunidades regionales. Sin duda, en este debate estábamos constatando las consecuencias de muchos años en los que las universidades públicas en realidad habíamos sido vistas, simplemente, como universidades privadas sin dueño, y conscientemente o no, lo que se quería era que esa situación no cambiara.

En lo económico es evidente que, en todo el mundo, el Estado otorga financiamiento muy sustantivo al sistema educacional privado, por lo que el tema de financiamiento y el de definición de lo que es una universidad pública no deberían confundirse. En lenguaje más directo, y volviendo a la dimensión conceptual, nunca pedimos privilegios ni exclusividades, solo pedíamos recuperar nuestra especificidad basada en nuestro rol al interior del Estado.

La confusión de tratar a todas las universidades con la lógica de las privadas se expresa nítidamente en que los aportes estatales, por ejemplo la gratuidad, se calculan definiendo un hipotético precio por estudiante y multiplicándolo por el número de ellos: el así llamado P por Q. Además de que el razonamiento es insostenible, pues un curso de 30 alumnos no cuesta un 50% más que uno de 20, esta fórmula solo tiene sentido en la lógica del voucher, no en la de un país que conversa con sus universidades públicas qué metas de interés regional o nacional, incluyendo el presupuesto que se requerirá.

Las universidades estatales se fundamentan en el pluralismo, buscan la cohesión nacional y contribuyen al desarrollo social. Nuestro liderazgo en el CUECh ha sido muy

responsable. Por su misión y esencia nuestra universidad no puede tratar a las demás universidades chilenas como competidoras o rivales. Menciono al respecto que, siendo la Universidad de Chile la que recibía los más altos ingresos por el Aporte Fiscal Indirecto, fuimos los primeros en apoyar su eliminación, pues considerábamos que sus bases conceptuales eran erradas. Un principio moral básico es que, el que algo a uno algo le convenga, no debiera ser jamás causa para juzgarlo éticamente bueno.

Este año las universidades, el país y el mundo conocieron un movimiento de una fuerza sin precedente en pos de la causa igualitaria feminista. Hay que entender que aquí no se trata de regalarles beneficios a las mujeres, sino más bien devolverles lo que por siglos se les ha quitado; y entender que un mundo con más igualdad entre hombres y mujeres será un mundo mejor para todos. Fuimos pioneros en institucionalizar la equidad de género mediante la implementación de políticas y protocolos. Hoy reafirmo el compromiso de la Universidad de Chile con la erradicación del abuso y la violencia de género. Hoy, gracias al trabajo de todas y todos podemos decir que tenemos una Universidad más justa. Y continuamos en la tarea por hacerla más diversa, más pluralista y más inclusiva.

El país debe prepararse y anticipar otros casos de desigualdades flagrantes largamente arrastradas. Por ejemplo, habrá que superar el centralismo y fomentar el desarrollo regional, cuestión que compromete al conjunto de las universidades estatales.

El movimiento feminista irrumpió este año por vía de tomas y paros en la universidad. Es obvia la discrepancia entre la adhesión y el compromiso que genera la causa en sí y el juicio que merece el método que se utiliza. Pero es evidente cómo los medios cubren y proyectan estos hechos cuando ocurren en nuestra Universidad. Los métodos por los cuales los jóvenes han de proponer e impulsar cambios desde la universidad es una cuestión que exige ser conversada, pues incide en la armonía y cohesión que debe primar dentro de la comunidad.

Existiendo tantos espacios de diálogo e instancias de gobierno colegiado, las tomas representan un fracaso de la convivencia. Dado que los jóvenes que se incorporan a nuestra universidad son excepcionalmente talentosos y meritorios, sería un fracaso muy grande no ser capaces de hablar con ellos. Menciono algunas de las diversas estrategias que hemos pensado para abrir esa conversación. Uno, incorporación y dialogo del estudiantado con la política nacional. Hace poco convocamos en el Congreso a una primera y muy exitosa reunión para discutir este tema, a la que acudieron parlamentarios de todo el espectro. Dos, desde las áreas de ciencias políticas y sociales se debe estudiar la situación de los jóvenes como un tema prioritario. Tres, debemos abrir espacios en nuestros medios de comunicación, como revista, radio y nuestra próxima futura señal de televisión, a la expresión política, cultural y científica de nuestros estudiantes. Cuatro, debemos tener sistemas digitales, prontos y eficientes, para someter a consulta los temas en debate. Cinco, debemos generar un código de convivencia.

Parte 2: Acreditación y Vicerrectorías

El compromiso de la Universidad de Chile con la calidad es inherente a su tradición marcada por su vocación de excelencia. Esta misión se cumple a través de la docencia, investigación, creación y vinculación con el medio, considerando el conocimiento y la cultura en toda su amplitud.

Para llevar adelante las funciones universitarias al más alto nivel, ha sido clave contar con mecanismos de aseguramiento de la calidad, entre los que destaca el proceso de acreditación institucional, donde han participado más de 16 mil personas y 400 colaboradores. Así damos cuenta al país de nuestros logros y proyecciones.

Desde nuestra última acreditación en 2011 nuestra matrícula de pregrado ha aumentado en 28 por ciento, superando los 32 mil estudiantes. Este crecimiento, estratégico para nuestra universidad, se ha realizado con criterios de inclusión y equidad, y ha permitido mantener la tasa de retención de alumnos de primer año en torno a 87 por ciento. Hoy más de la mitad de nuestro estudiantado son mujeres, 25 por ciento proviene de regiones y más de 46 por ciento es primera generación universitaria.

En postgrado, más de 9 mil estudiantes integran nuestros 232 programas de doctorado, magíster y especialidades profesionales. La Universidad conforma el sistema de formación avanzada más grande del país, el que aporta el 30 por ciento de los graduados doctorales anuales.

Nuestra infraestructura ha crecido 17 por ciento en los últimos siete años, contando hoy con 676 mil metros cuadrados construidos y 44 mil metros cuadrados de salas de clases, distribuidos en cinco campus universitarios.

Hemos dado gran auge a la internacionalización: en los últimos siete años cerca de 1800 alumnos participaron en actividades de intercambio y en 2017 recibimos 800 estudiantes extranjeros. Además hemos suscrito 483 convenios bilaterales y seguiremos potenciando los mecanismos de equidad para permitir un acceso universal a estos programas.

Hoy concentramos el 52 por ciento de los centros de excelencia de investigación en Chile y entre los años 2011 y 2017 nuestra institución ha generado más de 19 mil publicaciones en revistas científicas indexadas, la mayoría de una calidad que las ubica en el primer cuartil de impacto.

Vinculando la academia a las necesidades de una sociedad en permanente cambio, más de dos millones de personas han participado en más de 22 mil actividades de extensión y vinculación con el medio que hemos realizado entre 2011 y el 2017, siempre con énfasis en el sentido de país y resaltando las dimensiones éticas como derechos humanos, igualdad de género e interculturalidad.

Todo lo anterior, lo hemos conseguido manteniendo finanzas sanas y equilibradas, lo que nos permite disponer de fondos de fomento a la misión universitaria y seguir desarrollando proyectos de alto impacto para el país.

Parte 3: Proyectos estratégicos

Quisiera finalmente referirme a seis ejes estratégicos que guiarán nuestro quehacer en los próximos años: producción alimentaria y sustentabilidad ambiental, salud,

educación, la creación de un Polo Cultural, un Núcleo de Políticas Públicas y de Ciudadanía, y el proyecto académico Laguna Carén.

(Producción alimentaria, sustentabilidad y medio ambiente)

Las últimas décadas han sido testigos de las graves amenazas medioambientales consecuencias sociales y culturales, arriesgando el futuro de las próximas generaciones. Por esta razón hemos creado el Programa Transdisciplinario en Medio Ambiente de la Universidad de Chile, que desarrollará las bases conceptuales para la elaboración de políticas públicas en esta relevante problemática, fomentando un desarrollo del país que proteja la naturaleza, respetando las culturas y comunidades y procurando justicia medio ambiental.

Un tema afín que nos preocupa mucho es la Producción de Alimentos. Esta iniciativa se suma al Centro Tecnológico para la Innovación Alimentaria en Carén, que abordará los desafíos alimentarios, impulsando el aprovechamiento de materias primas y subproductos para disponer de alimentos más saludables con una producción amigable con el medio ambiente.

(Salud - Hospital Clínico de la Universidad de Chile)

La Universidad se compromete primariamente con el sector salud a través de varias Facultades e Institutos, su presencia tradicional en los principales hospitales de Santiago y, desde luego, en nuestro Hospital Universitario.

Hasta 2014 el Hospital Clínico de la Universidad de Chile padecía una seria crisis financiera que ponía en riesgo su permanencia y el futuro de nuestra institución. Gracias a un apoyo inédito del Estado chileno, en 2016 se elaboró un proyecto de modernización del equipamiento clínico y un plan de formación de especialistas. La Universidad de Chile ha formado el 54% de los especialistas médicos universitarios del país. Vuelvo a repetir que la formación de especialistas que hace el Hospital de la Universidad de Chile es condición de existencia, no sólo para el sistema público, sino también para el sistema privado de salud del país.

Hoy somos pioneros y referentes nacionales en telemedicina. Hace unos días atrás estuve en el Hospital de Castro y firmamos un convenio para mejorar la calidad y oportunidad de atención, de esta forma, también estamos apoyando el proyecto de Hospital Digital para Chile. Actualmente trabajamos para el crecimiento sustentable y la modernización de la infraestructura del Hospital, contemplamos la construcción de un nuevo edificio para la Unidad de Pacientes Críticos y la ampliación del Servicio de Urgencia que cumple un rol clave en el sector norte de la Santiago.

(Educación)

En los últimos años la Universidad de Chile se ha reencontrado con una de sus tradiciones más queridas y que representa una reparación largamente anhelada. Hemos vuelto a formar profesores y profesoras en todos los niveles de la educación escolar.

Destacamos dos avances institucionales en esta área: el Programa Transversal de Educación, que ha integrado nuestras pedagogías y el Instituto de Estudios Avanzados en Educación, que aportará con evidencia científica al diseño de nuevas políticas sectoriales.

(Polo)

En 2010, gracias al apoyo del Estado, se inició el Proyecto Bicentenario, que impulsó el desarrollo de las Humanidades, las Ciencias Sociales y las Comunicaciones en la Universidad de Chile.

Hemos iniciado un proyecto de envergadura y relevancia semejantes para fortalecer las artes y la cultura, con la creación de un Polo Cultural en Plaza Italia. En Vicuña Mackenna 20 estamos construyendo un edificio de más de 36 mil metros cuadrados que albergará al Centro de Extensión Artística y Cultural y contará con una sala de concierto Sinfónica con capacidad de 1.200 personas.

A este edificio se sumará el nuevo centro de extensión de la Facultad de Artes en Vicuña Mackenna 39, a un costado del Museo Violeta Parra. Estas nuevas instalaciones, junto al Teatro de la Universidad de Chile, al campus Andrés Bello, al GAM, al Museo de Bellas Artes, a nuestro Museo de Arte Contemporáneo, al Museo de Arte Popular Americano y al barrio Lastarria, consolidarán un nuevo referente

cultural en un sector estratégico de la ciudad. Este Polo Cultural se complementa con la propuesta “Wiki - Rehue”, de académicos de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo y recientemente presentado al Ministerio de Bienes Nacionales. Esta iniciativa busca la recuperación de la torre Villavicencio, consolidándola como un espacio de ciudadanía y cultura.

El Núcleo de Políticas Públicas y de Ciudadanía, también en Plaza Italia, será un espacio de encuentro para los institutos de Asuntos Públicos y de Estudios Internacionales, ambos compartiendo con el CEAC Vicuña Mackenna 20, y las facultades de Derecho, Economía y Negocios, y Arquitectura y Urbanismo.

Al consolidar el Polo Cultural y el Núcleo de Políticas Públicas y de Ciudadanía, la Universidad de Chile estará proyectando Plaza Italia, un espacio emblemático para Chile, hacia estas dos dimensiones esenciales para el alma nacional.

(Carén)

El Proyecto Laguna Carén se propone incentivar la investigación transdisciplinaria, creación e innovación, fomentando nuestros vínculos con el Estado, la innovación de las empresas, profundizando la relación con otras universidades, la internacionalización, la sustentabilidad y el vínculo con la sociedad. Con el Edificio Vínculo 1 se ha dado la partida a diversos proyectos transdisciplinarios como el de resiliencia de desastres siconaturales y salas interactivas para el vínculo con la comunidad como la dedicada al viaje de Darwin por Chile. En sus mil hectáreas, ya iniciamos, además, la implementación de dos institutos CORFO de investigación aplicada, el Centro Tecnológico para la Innovación en Alimentos y el Centro de Tecnologías de la Construcción. Se contempla también la construcción de un espacio público para la Región Metropolitana. El Proyecto Carén será un motor para la nueva industrialización, el cambio en la matriz productiva y el ingreso del país a la sociedad del conocimiento.

A propósito de Darwin en Chile, en sus observaciones sobre el terremoto de Concepción en 1835 él expresa su admiración por la resiliencia y espíritu solidario de los chilenos. Cito: “un terremoto invierte instantáneamente las ideas más firmes, la tierra, el emblema mismo de la solidez, ha temblado bajo nuestros pies”, y agrega

“pero confieso que vi con gran satisfacción que todo el mundo parecía más activo y feliz que lo que se hubiera esperado después de una catástrofe tan terrible”.

(Rankings)

La Universidad de Chile ocupa el primer lugar nacional en los rankings que evalúan objetivamente aporte al desarrollo social e investigación científica. En el ranking Scimago estamos en el octavo lugar entre las universidades latinoamericanas. Las diez primeras somos estatales: la USP y otras seis brasileñas, la UNAM, nosotros y la UBA. Dada la marcadísima diferencia entre Brasil y Chile en cuanto al porcentaje del PIB destinado a investigación y tecnología. Surge una pregunta obvia: qué lugar ocuparíamos si Chile tuviera la misma tasa de inversión que Brasil.

La cita de Bello “todas las verdades se tocan” hoy cobra un nuevo sentido. Los ejes estratégicos recién resumidos exigen de la transdisciplinariedad. La complejidad de los problemas del mundo contemporáneo no serán resueltos profundizando disciplinas específicas sino haciendo una hibridación de muchas de ellas. Los chilenos tenemos que sentirnos muy orgullosos que en nuestra universidad el profesor doctor Fernando Monckeberg siguiera precisamente ese camino al crear un instituto que lograra solucionar un problema tan multifactorial como la desnutrición infantil y erradicarla.

Quisiéramos pensar que tareas como esta que la Universidad de Chile asume en pos del progreso y desarrollo social de todo nuestro pueblo constituyen lo más esencial de su carácter y la convierten en una universidad única. Parafraseando a Neruda cuando dice “...estas palabras que me salen ardiendo, y que nadie diría si yo no las dijera”, quisiéramos pensar que en la historia de nuestra patria hay muchas tareas que nadie las haría si la Universidad de Chile no las hiciera.

Ante el Presidente de la República y Patrono de la Universidad de Chile, otras autoridades del Estado aquí presentes, y nuestra comunidad universitaria, quiero reafirmar que en el desarrollo cultural y social de la nación y en la construcción de un futuro más próspero y menos desigual, Chile tiene a su Universidad.

